

enorme que tuvo y la influencia que ha ejercido en la crítica literaria. Realmente, la doctrina de Taine (1) es muy compleja. Estudia y toma en consideración la raza, el medio físico, el movimiento evolutivo..... En punto al medio, tenía el autor por precursores á Mme. Stael, y sobre todo, á Stendhal, que en su *Historia de la pintura en Italia* había estudiado la influencia de los climas y de los temperamentos según las ideas de Cabanis, Destutt-Tracy y demás filósofos del siglo XVIII.

Para Taine, el medio físico tiene un poder mucho mayor que el que le reconocen los naturalistas, quienes, como observa muy bien Brunetière, no sólo establecen grandes reservas, sino que reconocen, por lo común, la fuerza de reacción que tiene el hombre, y que hace posible la relación inversa: es decir, que sea el medio quien sufra la modificación por obra del hombre.

3.º *Influencias botánicas, zoológicas y etnográficas.*—Inclúyense en ellas la fauna y la flora que caracterizan á una civilización, y sus relaciones con el genio de los grupos humanos: pueblos pastores, pueblos cazadores, etc. Juntamente, se aspira á determinar el área de difusión del hombre, considerado como organismo natural, y el efecto de su poder para sobrepujar ó modificar el medio; debiendo notarse que aquí (como en otros particulares ya indicados) no hay nada definitivo, y el peligro de las «generalizaciones

(1) Véase su exposición en los dos volúmenes de *Philosophie de l'art*, cuya quinta edición es de 1890 (París, Hachette). Iguales declaraciones en su *Histoire de la littérature anglaise*. Brunetière ha hecho una exposición crítica bastante clara y juiciosa de las ideas de Taine en el tomo I de su obra *Evolution des genres dans l'histoire de la litt.* París, 1890.

apresuradas y vulgares» es, si cabe, mayor aun que en todo lo anterior.

* * *

Este programa de los puntos que hoy comprende el estudio de las relaciones entre el medio natural y la historia humana, puede resumirse diciendo, como Metchnikoff, que la característica de la corriente moderna es el estudio de «la jerarquía de las causas históricas», es decir, de las causas que han producido y producen los fenómenos de actividad de la especie; debiéndose al extraordinario desarrollo logrado en nuestro tiempo por las ciencias naturales, que sean las causas de este orden las mejor estudiadas. Ya veremos luego cómo se aprecia la intervención del elemento étnico ó personal.

Aparte de las consideraciones que más arriba se han expuesto, insiste Metchnikoff, á veces con muy buen sentido, en limitar el alcance de las teorías modernas. Dejando á un lado—porque no interesa directamente á nuestro actual propósito—su afirmación de que la vida social no puede explicarse solamente con el criterio de las leyes biológicas (1), como pretenden algunos positivistas, importa darse cuenta del modo como él concibe la relación de influencia del medio sobre el hombre, por ser este concepto, no exclusivo del escritor ruso, sino común á varios autores modernos. «No es en el *medio* mismo—dice—sino en la *relación* entre el medio y la aptitud de sus habitantes para cumplir volun-

(1) Las leyes de la biología orgánica—dice—no bastan para explicar la vida social: la característica de ésta es la «cooperación», así como la de aquélla es la lucha.—*Ob. cit.*, páginas 15-16.

tariamente la parte de cooperación y solidaridad impuesta á cada cual por la naturaleza, donde precisa buscar la razón de ser de las instituciones primordiales de un pueblo y de sus transformaciones sucesivas. Por tanto, el valor histórico de un medio geográfico cualquiera— aun suponiendo que sea *físicamente* inmutable— puede y debe variar, según la medida en que sus ocupantes poseen ó adquieren esta aptitud de la solidaridad y la cooperación voluntarias» (1).

Queda planteada de este modo la cuestión en que inmediatamente declina la inicial de la influencia del medio, á saber: el respectivo valor del elemento natural y del humano, y la fuerza de reacción que cabe suponer en los grupos sociales, por su característica personal, que les da sustantividad frente á las condiciones físicas que les rodean; en otras palabras, la atribución del predominio en la historia, ya al *medio físico*, ya á la *raza*. Cada una de las dos opuestas soluciones que caben da origen á una escuela y á una explicación fundamental de la historia: la *geográfica* y la *etnográfica*. Ya hemos citado los mantenedores de la primera. La segunda está suscrita por nombres no menos respetables: Renán, Vogt, Mme. Clemence Royer, Letourneau, y en fin, Hellwald (2) y Le Bon, teniendo precedentes en Thierry (3) y en el propio Taine.

(1) *Ob. cit.*, pág. 41. El escritor ruso Solovieff ha publicado en la revista de Moscou, *Vosproy filosofii i psichologii* (1891, núm. 9), una crítica del libro de Metchnikoff, añadiendo, al estudio de las *influencias* que éste hace, las de los principios é ideas morales (v. gr., del Cristianismo sobre las instituciones y costumbres del imperio latino-bizantino).

(2) La posición respectiva de estas escuelas es análoga á la de las dos en que se dividen los penalistas modernos: la escuela francesa y los antropólogos italianos.

(3) *Histoire de la conquête de l'Angleterre par les Normans*. 1825. La

La síntesis de la teoría etnográfica está en el principio de que la *raza* es más fuerte que el *medio* y lo sobrepuja; con lo cual, en realidad, no se hace más que sustituir un fatalismo por otro, cayendo en la teoría de las razas *elegidas* y las razas *malditas* y en la infalibilidad de la transmisión por herencia. No extrañará, pues, que entre sus mantenedores figuren nombres afiliados al positivismo más radical (1).

Hellwald plantea la cuestión de este modo. Hay dos elementos en la historia: la naturaleza externa, y las condiciones físicas y psíquicas del hombre (naturaleza interna), que en su variedad caracterizan á las *razas*. «Todo estriba ahora en demostrar—añade— que la índole de la raza es lo que determina el género de la influencia que tendrán en la evolución de un pueblo los elementos externos; que esta

base de la historia, para Thierry es la *raza*, en cuya concepción juega gran papel la idea patriótica.

(1) Como estudios concretos, véanse: A. Bastian, *Lo constante en las razas humanas y la amplitud de su variabilidad*. Berlín, 1868; Pierson, *Sobre el pasado de Rusia*. Leipzig, 1870; Van-der-Kindere (L.), *De la race et de sa part d'influence dans les diverses manifestations de l'activité des peuples*. Deben tenerse presentes, igualmente, las obras de Waiz, *Anthropologie der Naturvolker* (1863); de Owen, *Lectures on comparative Anatomy* (relaciones de la fisiología con la etnografía); de Huxley, *Lugar del hombre en la naturaleza* (traducida al francés en 1868), y de H. Doherty, *Organic Philosophy or Man's true Place in Nature* Londres, 1878. El estudio donde Le Bon expone más claramente la teoría de la superioridad de la raza es el titulado *Rôle du caractère dans la vie des peuples* (*Revue scientifique*, Enero-Febrero, 94). Para más noticias bibliográficas, ver la popular *Aide-Mémoire du voyageur*, de Kaltbrunner, y el citado libro de Bernheim en los párrafos titulados «Relación (de la historia) con la ciencia de la Naturaleza» (páginas 70 á 82); «Geografía» (páginas 197 á 201); «Las condiciones físicas» (páginas 443 á 447) y «La historia evolutiva» (páginas 22 y 23), donde se encontrarán pormenores que no caben en esta breve é incidental exposición.

influencia de los elementos externos *es relativa*, manifestándose más fuerte ó más débil en sus efectos según el grado de receptividad de las cualidades innatas que encuentra; en otras palabras: que la raza crea el carácter psíquico y el físico» (1). Y por si no bastase esta declaración, añade la siguiente: «Al poder de la naturaleza externa, de las condiciones geográficas y climatológicas, se opone el poder más fuerte de la *naturaleza interna*, de la transmisión hereditaria, del *carácter innato de la raza*, que determina los actos de los pueblos» (pág. 70). En demostración de esta tesis, presenta Hellwald algunos ejemplos (2).

Las dificultades empiezan cuando se quiere determinar el concepto y límites de lo que se llama elemento étnico. El mismo Hellwald confiesa la dificultad y la insuficiencia de los estudios de este género (pág. 75); y sabido es que los antropólogos están lejos de haber llegado á un acuerdo en la definición de la raza y en el modo de su formación (3).

(1) *Ob. cit.*, pág. 67 de la traducción española.

(2) Le Bon sigue este sentido, mostrando la fuerza de resistencia que tiene contra el medio la raza ya formada. Un ejemplo de la fuerza que ésta tiene la dan los Estados Unidos, donde el hombre, más que sufrir el influjo del medio en lo esencial, se ha impuesto á él, por ir á la lucha con suficiente preparación de cultura. Le Bon estudia, al lado de la influencia del medio, la de la raza, la de la lucha por la existencia, etc., ofreciendo así un cuadro armónico, no exento, sin embargo, de precipitaciones.

(3) Ver, por ejemplo, á Moritz Wagner, *La teoría darwiniana y la ley de las emigraciones de los organismos* (Leipzig, 1868), y *Sobre la influencia del aislamiento geográfico y la formación de colonias, en las alteraciones morfológicas de los organismos* (Munich, 1870); Aitken Meigs, *Cranial forms are inseparably connected with the physics of the globe*. (Apud Nott y Gliddon en *Indigenous Races*); Stanhope Smith, *Ensayo sobre las causas de la desigualdad de color y forma*, 1796. (Apud Hellwald.) Ver también Le Bon, *Les lois psych. de l'évol. des peuples*. 1894.

Hellwald concluye, al cabo, por decir que las diferentes razas hubieron de formarse, en los más primitivos tiempos de la humanidad, por la modificación que el *medio* ejerció sobre las ramas emigradas del supuesto centro de unidad de la especie, llamado *lemúrico* (1); con lo cual viene á reconocer el predominio de la naturaleza externa, siquiera se limite al momento de la formación de las razas, que, una vez caracterizadas, adquieren fuerza propia, robustecida por la transmisión y superior á la del medio (2). Aparte de que no se explica bien este cambio de supremacía (aun apreciando la fuerza inmensa del elemento intelectual que, no obstante, dentro de la teoría de las influencias físicas, necesita que éstas concurren á su desarrollo), debe tenerse en cuenta el hecho de que la formación de tipos antropológicos es, al parecer, un fenómeno permanente, que hoy mismo se está produciendo, v. gr., en el medio de las ciudades modernas, como pretenden Lombroso y algunos criminalistas italianos.

Relaciónanse todas estas teorías con la de la herencia y

(1) Páginas 68-69.—El continente *lemúrico* ó de Lemuria debió existir—según los mantenedores de esta hipótesis—al S. del Asia actual y en el sitio que hoy ocupa el océano Índico, bajo cuyas aguas hubo de sumergirse. Supónese que se extendía hasta las islas de la Sonda por un lado, y hasta Madagascar y al SE. de África, por el otro. Según Hæckel y Sclater (inventor del nombre Lemuria), este desaparecido continente fué la patria primitiva de la especie humana. Lemuria viene de *lemúridos*, semimonos característicos de aquella parte del mundo.—Los mismos defensores de la teoría de las razas (al menos, muchos de entre ellos) aceptan la influencia del medio físico sobre las razas en formación y aun llegan á decir (Le Bon, *loc. cit.*) que si el medio difiere mucho de las condiciones de la raza (primitiva), acaba por extinguirla. Lo que no se explica bien cómo luego adquiere el predominio la raza sobre el medio.

(2) *Progreso y miseria*. Véase, especialmente, páginas. 403 á 416 de la traducción española citada, que se debe á D. M. Bonet.

otras que se hallan en verdadera crisis entre los científicos serios. Semejante estado se refleja aún en los autores no especialistas, como Enrique George (1), el cual sostiene la teoría de que las diferencias de unos pueblos á otros no estriban en diferencias innatas de sus individuos respectivos, sino que nacen de la fuerza educativa del medio social é intelectual, que es el que persiste, el que progresa y el que imprime carácter, en vez de la supuesta continuación por herencia fisiológica de las razas, puesto que el progreso no se produce en las facultades físicas ni en las intelectuales del individuo, sino que es puramente *social* y superior al individuo mismo.

Una posición armónica (y en rigor más bien crítica en el estado actual de las investigaciones) la representa el malogrado filósofo Guyau, el cual, discutiendo las teorías de Taine, concreta en estos términos la doctrina (2): «La influencia de los *medios* es incontestable, pero en la mayoría de los casos resulta imposible de determinar.... En primer lugar, por lo que se refiere á la influencia de la raza (3), que es sin duda cierta, sabido es que no hay razas puras: esto es un hecho demostrado por la antropología. Además, no conocemos científicamente los caracteres intelectuales y físicos de las razas mezcladas.... En cuanto á la herencia en las familias, es incontestable, pero, muy á menudo, es aún

(1) Este es propiamente el sentido de Le Bon, á pesar de algunas vacilaciones. Opina, como Spencer, que no hay hoy razas puras ú originarias: todas las actuales, al menos las civilizadas, proceden de la historia.

(2) *L'art au point de vue sociologique*, páginas 34 y siguientes.

(3) Taine establece una teoría absoluta sobre la *raza*, ó sea «las disposiciones ó aptitudes innatas y hereditarias que el hombre trae consigo á la luz y que ordinariamente van unidas á diferencias marcadas en el temperamento y en la estructura del cuerpo». (*Hist. de la litt. angl.*)

imposible fijarla.» La influencia del medio social é histórico (á que tanta importancia, como hemos visto, concede George, y que hoy día comienzan á estudiar fundamentalmente los antropólogos y sociólogos)—añade Guyau—«es más visible»; pero «la influencia de las circunstancias y del medio, que es tan notable, aunque no universal, en el comienzo de las literaturas y de las sociedades, va decreciendo á medida que éstas se desarrollan, y llega á ser casi nula en el apogeo del desarrollo» (1).

Basten estas consideraciones para hacerse cargo de la inseguridad de las teorías enunciadas y del estado crítico que hoy tienen en la ciencia; pero también, á la vez, de su importancia fundamental.

En cuanto al medio físico, especialmente, cabe afirmar ya dos cosas. De un lado, que no es inmutable, *estático*, sino variable, *dinámico*, con respecto á muchos de sus elementos; y aun, tomándolo en largos períodos, á todos. Recuérdese, v. gr., el cambio sufrido en punto al clima, dentro ya de los tiempos históricos, en dos regiones célebres: la Mesopotamia y la Palestina; y los sufridos con relación á la humedad en la Europa central y en Arabia. Aun en el caso, pues, de afirmar la influencia decisiva del medio, será pre-

(1) Cita Guyau el testimonio de Federico Müller, quien, no obstante admitir en su *Etnología general* (*Allgemeine Ethnologie*: la segunda edición es de 1878) la influencia del medio y de la alimentación sobre los caracteres físicos y morales, «no puede dar de semejante acción más que ejemplos extremadamente vagos y generales».—Cita también los trabajos de Mr. Crawford en las *Transactions* de la Sociedad etnológica de Londres. Véase en el citado artículo de Le Bon, las reservas que aun los más radicales hacen en estas cuestiones.—En punto al estudio de la influencia del medio moral y social en el desarrollo de la literatura, hállese ya en Villemain y Sainte-Beuve, precursores en esto de Taine.

ciso añadir consiguientemente que la naturaleza de semejante influencia varía con el tiempo, no pudiendo inducirse, por las condiciones que modernamente presenta una determinada localidad, las que tuvo en tiempos remotos, ni las que tendrá en lo sucesivo.

De otra parte, no es menos cierto que el medio físico cambia también por obra del hombre. Basta considerar los trabajos de canalización y aprovechamiento del Nilo y del Tigris y Eufrates, que mudaron de un modo radical las condiciones de habitabilidad del antiguo Egipto y de la Caldea, haciendo posible el desarrollo de dos civilizaciones poderosas. Más en pequeño, son pruebas de lo mismo la desaparición de los elementos morbosos que dificultaban el crecimiento de la población en Etruria y Roma, mediante la desecación de los pantanos; la utilización para el comercio del golfo Látmico, del puerto de Ostia y el de Pisa, del lago Tritón (1), etc., que después de haber sido abandonados por el hombre, se han hecho inservibles, cegados por los arrastres. De lo cual parece inferirse, que si el medio influye en la vida del hombre, su influencia está, á lo menos en parte, en razón inversa del trabajo que pone aquél para modificarlo y aprovecharlo. Tal es la posición de Marsh en frente del fatalismo naturalista teórico de Herder (2).

(1) Ras-ez-Dura moderno, junto al cual coloca el historiador español Sr. Costa, la Cerne de los Libios. Véase *Islas libicas*. Madrid, 1887.

(2) Herder, lo mismo que Montesquieu, reconocen la posibilidad y la necesidad de reobrar contra el medio. Herder viene, al fin, á decir que la naturaleza *inclina*, pero no *obliga*. Los dos libros en que Marsh se opuso á la teoría de Herder, son los titulados *Man and Nature* (Nueva York, 1864) y *The earth as modified by human action* (Nueva York, 1874). Henry George representa también la protesta, en nombre de la personalidad humana. Para él la historia no se rige por la ley fatal de los clásicos y

La importancia del trabajo del hombre en el relieve terrestre la reconocen ya todos los geógrafos, y su distinción de las formas naturales constituye para muchos el primer paso en la enseñanza de la geografía.

Parece, por último, comprobado, que todo el movimiento de la civilización consiste en vencer al medio físico, en sobrepasar el hombre á la Naturaleza, al propio tiempo que con ella intima mediante un conocimiento más profundo de sus leyes y fenómenos.

Las consecuencias de todo este orden de estudios en la enseñanza de la historia pueden reducirse á cuatro:

La primera consiste en el estudio geográfico de un país como preliminar al histórico del pueblo ó pueblos que en él han vivido. Así puede verse, por ejemplo, en Michelet (1), en Dümichen (2), en Palfrey (3), y, entre los autores de libros elementales modernos, en Seignobos (4) y Shaler (5). Estas descripciones geográficas van acompañadas, por lo común, de indicaciones acerca de los productos naturales, fauna indígena y predominante, etc., más ó menos ligadas con el estudio y determinación de las cualidades y la vida de los pueblos. Un buen modelo de este género de trabajos, será siempre Estrabón.

La segunda consecuencia se refiere á la cartografía his-

de Vico, sino que es el hombre quien dirige la civilización y quien puede evitar la decadencia de ésta. (*Progreso y miseria*, pág. 451.)

(1) Citada descripción geográfica de la Francia, en el segundo volumen de su *Historia*. Michelet concedía gran importancia al «escenario históricos».

(2) *Geografía de Egipto*. Parte 1.ª de la *Historia* de Meyer en la colección de Oncken.

(3) Capítulo preliminar de *History of New England* (1858-64).

(4) En su tantas veces citada *Historia narrativa de Oriente*.

(5) *Narrative and Critical History of America*.

tórica. Entendíase generalmente bajo este nombre la cartografía política en sus varias modificaciones, según los tiempos; reduciase, por tanto, en sustancia, á indicar los diferentes límites que, v. gr., Egipto, Germania ó Grecia han tenido, en cuanto Estados, en las distintas épocas de su historia. Así lo entiende Freeman en su *Geografía histórica de Europa*, donde se propuso «determinar cuál ha sido, en las diferentes épocas, la extensión de los territorios ocupados por los Estados y naciones de Europa, trazar los límites que cada uno de estos países ha tenido y las distintas significaciones de los nombres por los cuales se les designa». No cabe duda de que este es un dato importante y de necesario conocimiento para no confundir cosas diferentes: suponiendo, v. gr., que la Persia antigua era idéntica á la actual, ó que Rusia tuvo desde un principio la extensión que hoy alcanza. Pero con esto muéstrase solamente una parte de la actividad de los pueblos; su fuerza expansiva en relación con la preponderancia política.

Después de los estudios que van indicados, sobre la intervención del elemento natural en la historia humana, empieza á verse que la cartografía propiamente geográfica (física) y los cuadros geológicos, deben incorporarse á la enseñanza de la historia, como únicos capaces de señalar la importancia del relieve y demás elementos, mostrando, del modo más intuitivo posible, su influencia sobre el desarrollo de las civilizaciones (líneas de invasión y de comercio, carácter de la industria nacional, etc.). Tal es el punto de vista del profesor norteamericano á que antes hemos aludido (1), el cual lo refuerza con algunos ejemplos. «Sin

(1) Artículo citado del vol. I de la *Ped. library*.

un mapa físico del N. de América — dice — difícilmente se podrá comprender la unidad de las posesiones francesas, Canadá y Luisiana; con un mapa de este género, la unidad resulta evidente, y clarísimo el proceso de adquisición. Una ojeada á la vasta cuenca del Mississipi bastará para mostrar que estaba predestinada á ser uno de los mayores graneros del mundo. La historia de la actitud particular que guardó California durante la guerra civil, sólo puede estudiarse á la luz de sus relaciones físicas con el resto de la Unión. La historia de este país estaba ya escrita antes de que ningún hombre hubiese entrado en él; estaba escrita en el mapa.... Todo el que estudia historia política ó economía debe conocer estos rasgos físicos de su país, no ya en sus líneas generales, sino al pormenor.»

Por fortuna, no quedan estos principios en mera aspiración y deseo. Aunque la mayoría de los atlas llamados históricos no contienen más que mapas políticos, hay ya varios que añaden mapas físicos y geológicos, ó indican en aquéllos las particularidades geográficas que importan para la historia. Bastará citar, entre los primeros, el *Atlas de Pearson*, particular de Inglaterra, y el titulado *Gran atlas de Geografía física y política*, publicado últimamente por M. Levasseur (1). Y en cuanto á la práctica de esta doctrina en las clases, empieza á ser más general de lo que se presume, pudiendo citar como ejemplo notable en el extranjero, el del profesor Müller, en su curso de historia general (Leyden) (2). Entre nosotros, así se hace en las clases de la

(1) París, 1890. De otros atlas se hablará en el capítulo correspondiente.

(2) Apud Frédéricq, *La enseñ. de la historia en Bélgica y Holanda*. Traducción inglesa (Baltimore, 1890), páginas 16-17.

Institución libre de Enseñanza, en alguna de la Escuela Normal de Maestras y en las excursiones de Historia de la civilización, inauguradas hace tres años por el Museo pedagógico.

La tercera consecuencia á que aludíamos es de fecha antigua en punto á su reconocimiento; pero, en realidad, muy moderna en cuanto á su aplicación verdaderamente científica, sobre todo en la enseñanza. Refiérese al estudio personal de lo que se ha llamado el «escenario histórico», como golpe de vista de conjunto que no podrían sustituir, en frescura, en originalidad y en resultados para el juicio, los más detallados análisis de gabinete. Entre los grandes historiadores es ya una exigencia ineludible la visita y reconocimiento personal del *lugar* de los sucesos: y no se concibe que nadie pueda escribir á conciencia la historia de los griegos sin haber estado en Grecia, ni la de los romanos sin visitar detenidamente Roma. Por desgracia, la poesía, y esa pseudo-ciencia que tiene más componentes literarios que científicos, han abusado de este elemento, desnaturalizándolo con generalizaciones precipitadas y de escaso fondo experimental: abuso que, sin embargo, no influye nada en la verdad del principio.

En la enseñanza, aplíquese éste bajo la forma de excursiones, como luego veremos, ayudado de la tendencia á localizar la historia para darle mayor vida, interés y realidad. He aquí cómo explica la tendencia local M. Lemonnier, autor del informe publicado con ocasión de la Exposición universal de 1889 (1): «En mi opinión, debía la historia, sin perder su unidad, localizarse más..... El Renacimiento,

(1) *Recueil de monographies pédagogiques*, t. IV. París, 1889.

verbigracia, comprende tres ó cuatro nociones generales que deben figurar en todos los cursos, porque sin ellas no puede darse una idea de lo que fué aquél. Pero una vez presentadas, debe el profesor ajustarse, en Blois ó sus alrededores, á hablar del castillo de Blois; en París, del Louvre; en Mans, de la locura del rey Carlos VI, á propósito del vecino bosque, etc..... La ventaja está en dar al niño el sentido de lo concreto: se siente mejor la *verdad* de los hechos cuando se ve el sitio en que han ocurrido.»

Por lo que toca á España, con una historia tan agitada y llena de accidentes como la nuestra, difícil será que haya un pueblo en el cual, ó en sus cercanías, deje de existir algún sitio célebre, algún monumento contemporáneo ó conmemorativo de sucesos notables; y siempre que lo haya, deben visitarlo de intento maestros y discípulos, para convertir en éstos la atención distraída por lo familiar del espectáculo, en reflexiva, previo conocimiento de la significación que tienen las cosas. De este modo puede visitarse en Madrid la torre de los Lujanes (prisión de Francisco I y guerras con Carlos V), el Prado y la Moncloa (fusilamientos del 2 de Mayo) y la Plaza Mayor; en Monzón, el castillo; en Zaragoza, los innumerables sitios que recuerdan sucesos de la guerra de 1808; en Sevilla, la torre del Oro; en Zamora las murallas (asesinato del rey D. Sancho); en Almansa, el llano, para comprender la distribución de las tropas en la célebre batalla; en Bailén, el lugar de la otra no menos célebre; en Toledo, el sitio donde estuvo la casa de Padilla, la basílica de Santa Leocadia, etc.

Y adviértase, para terminar estas consideraciones, cómo el resultado de los estudios modernos, á que hemos hecho referencia más ó menos breve, es plantear en su verdadera

posición el problema de las relaciones entre la geografía y la historia; posición, en verdad, bien distinta de la tradicional, en cuyo concepto la geografía venía á tener la consideración de una ciencia *auxiliar*, pero esencialmente externa á la historia.

La cuarta y última consecuencia se refiere al estudio del tipo físico é intelectual de los pueblos ó razas, representado, ya por descripciones generales, ya por el uso de láminas, fotografías, etc., de que nos ocuparemos en el lugar oportuno.

2.—El sujeto de la historia.

La variación en el modo de concebir el sujeto de la historia viene preparándose hace tiempo, ya por observaciones científicas de carácter general, ya por estudios concretos, como los de Savigny y su escuela, y aun por influjo de la gran revolución política que hubo de cumplirse en 1789.

Fácil es advertir que en los historiadores europeos, desde la Edad Media casi hasta nuestro siglo, resalta al lado de la limitación objetiva, que consiste en reducir toda la actividad de los pueblos á la del orden político, otra limitación análoga, manifiesta en concentrar la vida de un Estado ó de una sociedad particular en la persona de su representante legítimo, á título de jefe; aunque las iniciativas y aun la ejecución de los grandes hechos históricos, no le hayan efectivamente correspondido. Así, la historia referíase siempre al rey, al príncipe, al papa (ó al santo, al héroe), es decir, á un sujeto *individual*, en vez del sujeto *social*: la *nación*, el *pueblo*. Cumplíase en cierto modo, con

esto, una ley de herencia que la historia traía de su progenitora la epopeya, á saber: la continuidad del *protagonista* resumen y prototipo del pueblo y época que representaba; viniendo á ser aquella, como ha dicho un escritor español, historia *heroica*, en vez de historia *social* (1): *res gestae regumque ducumque*.

Esta limitación falsa del sujeto histórico procedía, en parte, de la ignorancia con respecto á la forma en que se produce la vida de las sociedades y á la respectiva posición de cada uno de los elementos que las constituyen; y en parte también, de doctrinas políticas que resumían toda la personalidad nacional en el Estado y—mediante las teorías cesaristas—en su jefe.

Juntamente, traía esto la consideración casi exclusiva de los hechos aparatosos y formales, los más externos y salientes, despreciando el estudio de las causas pequeñas y del proceso de internas elaboraciones, de que son aquéllos, en realidad, simples consecuencias, cuyo recto juicio se hace imposible sin conocer antes su origen y arraigo en la conciencia general. La deficiencia de este modo de ver había sido ya notada por Bacon al escribir la siguiente observación: «El tiempo, como un gran río, no nos trae sino lo más ligero y menos sólido de los hechos; todo lo que pesa se ha ido al fondo, y permanece sumergido en su lecho vastísimo.»

La última consecuencia—la más radical—de esta doctrina *individualista*, hállase en la teoría de los hombres genios ó providenciales, que está latente en los autores de la Edad Media y de los primeros siglos de la Moderna, y de la

(1) Ver cap. III, I.